

La casa de Quirós

Optimistamente habíamos pensado que algunas de las películas argentinas exhibidas en esta temporada y la pasada llegaron a marcar el "summum" de falta de calidad, de limpieza, y de sentido común en sus realizadores. Pero cada semana que pasa nos convencemos de que todas ellas se han exhibido para curarnos de espanto, para vacunarnos contra lo que vendría después. Ni siquiera el "standard" de los "films" de Sandrini pudo constituir un rasero para medir lo que podría sucederlas. Como verdadero colmo y coronación de todo ese desastre, se les ha ocurrido ahora a los realizadores argentinos complicar en ellas —ya no se conforman con los Chiarellos de costumbre— un nombre que, como el de Carlos Arniches, se ha hecho respetable en el teatro español por la materia humana, popular y cálida, que modelara con tan pintoresco acierto en sus sainetes y sus "tragedias grotescas". Una de éstas, "La casa de Quirós", es la elegida para que sobre ella se vuelque todo el cretinismo que sólo un auditorio de retardados mentales podría celebrar, faltando hasta el chiste torpe y obsceno que pudiera hacer disculpable la obra para la capa más espesa de público, aquella más permeable a los efectos gruesos. Parecerá esto un poco fuerte para dicho en una crónica, aún desde unas columnas donde los que hablamos, conscientes de que seguimos una sola línea, una orientación, no nos caracterizamos precisamente por tener pelos en la lengua: pero quienes vean "La casa de Quirós" y asistan al espectáculo deseando que termine aquella pesadilla y acaben aquellas corridas de los fantasmas en que los intérpretes, ni aún recién egresados de un cuadro filodramático de Santa Rosa de Tobay, podrían hacerlo peor, nos darán plenamente la razón. No se ha hecho nada más torpe, más idiota, más irritante en el cine argentino que esto. Es difícil hacerlo peor, aún de intento. En las viejas cómicas de 1908 había más lógica, más armonía, más espontánea gracia que en el espectáculo de los rugidos de Eloy Álvarez después de apaleado, del discurso nasal y los brazos de marioneta a quien le saltan los hilos con que el protagonista pretende renovar esta vez su tipo de tarado, o de los esfuerzos de Olarra por adaptar el acento arrastrado de sus vascos al discurso en español, que dice con esa pesadez y esa absoluta falta de dotes que hizo siempre inexplicable su presencia en un escenario.

Hasta los músicos del acompañamiento desentonan en forma estruendosa; hasta Pilar Giménez olvida su firme personalidad de actriz y desciende al bajo nivel general. Al acercarse a sus actos finales este señor engendro, no habrá quien no arroje la esponja y pida una tregua. Nada mejor podía hacerse para lesionar la popularidad de un cómico que, como Sandrini, pudiendo haber creado un tipo humano y simpático, con ternura, con raíz nuestra como lo mostró en "Riachuelo", prefirió satisfacer al populacho que con su presencia en las taquillas rige aún en el Río de la Plata el tono general —el lamentable tono general— de los espectáculos que se nos ofrece. Como le ocurriera hace unos años al público de los teatros de sainete, este otro de los "films" de Sandrini ha de asustarse del extremo a que llevó las cosas su chabacana complacencia.

Todo ello es muy de lamentar por don Carlos Arniches. No sabemos que haya protestado contra este insulto dirigido a una de sus piezas más eficaces y mejor construidas. ¿Cortesía de refugiado en el afecto de estos países? ¿Claudicación? Cualquiera de ambas cosas —o la que fuere— no han de dejar de lesionar un prestigio que sólo él mismo podría tener la facultad y el derecho de tirar por la ventana si se le antojara.

Y decimos que esto es el colmo, pero... ¿quién nos asegura que no vendrán cosas aún peores? Con dos o tres más como "La casa de Quirós" la gallina de los huevos de oro estaría muerta y tendría que iniciarse la producción decente. Si para ello hay que aguantar aún otro trago amargo, pues que vengan de una buena vez y acabe este vergonzoso descenso en que parecen empeñados todos los productores y directores que trabajan en la otra banda...

R. A. D.